

EL OCIO EN LA CARACAS DEL SIGLO XX

Newton Rauseo

Área de Estudios Urbanos, Escuela de Arquitectura Carlos Raúl Villanueva,
Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela
newrau@gmail.com

RESUMEN

La dinámica de la sociedad capitalista en el medio urbano venezolano, y en Caracas en particular, provocó un rápido crecimiento y desarrollo de las ciudades, canalizado por la clase dominante bajo un proceso de imposición de modelos formales, a los que se les contrapusieron modelos no formales. Ello también se manifestó en el espacio-tiempo disponible por los sujetos sociales (clases sociales) para su tiempo libre u ocio, supliéndolo de los objetos sociales (actividades, infraestructura arquitectónica, tecnologías) requeridos dentro de su contexto estructural. El objetivo fue analizar críticamente la práctica social que produjo una práctica espacial en materia de ocio en Caracas, haciendo énfasis en la primera mitad del siglo XX, por ser base importante de lo que va a suceder en el resto del mismo. Se utilizó un método cualitativo, centrado en fuentes documentales de registro de la información, abordando los elementos estructurantes de la sociedad en el contexto socioeconómico-político-cultural, la ideología dominante y las formas de ocio practicadas, contribuyendo a una interpretación integral de la morfología social. Entre los resultados exponemos cómo la clase dominante (en el Estado y en la sociedad civil), mediante ideas implícitas como subtexto de una sociedad de gustos y modas, aprovechó el creciente estado de producción-consumo masivo del ocio formal, para hacer de ello un negocio económico y/o político, para un provecho rentable y lucrativo, imponiendo sus valores como asuntos naturales o normales, en un determinado tipo de ocio. Sin embargo, dialécticamente, la clase dominada (que solo posee poder como masa mayoritaria) se resiste (consciente e inconscientemente) a tal imposición, y contrapone otros tipos de ocio no formales, basándose en sus valores y recursos (costumbres, tradiciones, creencias, arte, técnicas). Finalmente hacemos una breve reflexión sobre lo analizado como aporte hacia un estudio de mayor envergadura sobre la dimensión del ocio en la sociedad.

Palabras clave: ciudad, ocio, práctica social, práctica espacial, dominación.

INTRODUCCIÓN

La investigación busca aproximarnos a una comprensión e interpretación del valor del ocio en la sociedad caraqueña del siglo XX. Según el DRAE (1992, p. 1463), ocio tiene que ver con la cesación del trabajo, total omisión de actividad, pero también con el tiempo libre de una persona: diversión, ocupación en obras de ingenio, descanso de otras tareas. Resaltamos que el ocio como valor social masivo, ha sido principalmente una conquista alcanzada en un largo proceso de luchas sociales de la clase obrera, en el tiempo de la industrialización capitalista en Occidente. Durante los tiempos de la esclavitud, de la servidumbre feudal y del capitalismo temprano, las clases dominantes disfrutaban de esta necesidad humana, no así las clases dominadas: los esclavos, los siervos de gleba, los obreros. La reivindicación del ocio es un gran logro social que hay que preservar. Haremos énfasis en el ocio como espacio-tiempo que los seres humanos en sociedad dedican para responder, favorecer su cultura con actividades e infraestructura diversa, es decir, las necesidades por el cultivo de su intelecto, su espíritu, su alma, su cuerpo, desligados de obligaciones y actividades propias del trabajo para la subsistencia socioeconómica en la sociedad.

En su evolución ideológica, la acción del capitalismo en la sociedad busca ocupar el mayor espacio-tiempo disponible sobre todo lo concerniente a la población en general y a la urbana en particular. El rápido crecimiento y desarrollo en las ciudades se ha canalizado bajo la dominación de modelos formales, a los cuales se contraponen los modelos no formales de los entes dominados. Empleamos el término formal para designar lo relacionado con las características y la acción del liderazgo del *statu quo* de la sociedad, es decir, el poder de la clase dominante, que dicta el orden (pautas y normas) de convivencia social, económica, política, física, cultural, y todos aquellos del sistema capitalista en el tiempo. En consecuencia, el empleo del término no formal va a designar todo lo relacionado con las características de los fenómenos que se producen, existen y son tolerados, alterando dicho orden dentro del mismo sistema, como consecuencia de sus contradicciones, de la dialéctica irremediable que poseen los procesos sociales de desarrollo y crecimiento capitalista en el tiempo de la modernidad del siglo XX.

La práctica social (que para Lefebvre –1991, p. 14– es el espacio real) o funcionamiento material e integral de la sociedad capitalista, ha destinado espacio-tiempo para suplir al sujeto social (dividido en clases sociales) de los objetos materiales (es decir, la práctica espacial: usos, espacios físicos públicos y privados) requeridos por el ocio dentro del contexto de su ideología. Nos referimos a que la clase dominante (actuando con su poder económico y político en los entes principales de la sociedad: el Estado y la sociedad civil empresarial) han aprovechado el relativo reciente y creciente estado masivo de producción-distribución-intercambio-consumo, de lo concerniente al ocio para hacer de ello un negocio, de absorber, para un provecho rentable y lucrativo, el cada vez más importante poder social de convocatoria de lo inherente al ocio, imponiendo sus valores formales como determinado tipo de ocio. Pero, dialécticamente, la sociedad comunitaria (aquella masiva población pobre que posee un relativo menor poder social en la sociedad), se resiste (consciente e inconscientemente) a tal imposición, y contrapone otros tipos, basándose en sus valores y recursos (costumbres, tradiciones, creencias, arte, técnicas, etc.) no formales.

En los puntos a seguir, exponemos, analítica y críticamente, algunos avances de la investigación llevada a cabo con una metodología de orden cualitativa, centrada en la consulta de información bibliográfica y visiones propias del caso de Caracas y San Agustín.

EL CONTEXTO SOCIO-POLÍTICO-CULTURAL

Antes de hablar del siglo XX mencionamos la importancia que tuvo para Caracas el régimen presidencial del general Antonio Guzmán Blanco (jefe de la Guerra Federal y caudillo del Partido Liberal Amarillo) entre 1870-1888, pues su visión de convertir la nación en moderna y organizada fue un precedente para lo que sucedería política, socioeconómica, física y culturalmente en décadas posteriores.

Guzmán Blanco es reconocido como “[...] un gobernante excepcional que administra con orden y eficiencia [...]” (Consalvi y otros, 2000, p. 133), ya que desde su despótica autoridad contribuyó a pacificar la nación, introdujo reformas jurídicas y desarrolló “[...] las obras públicas en Caracas, con la aspiración de transformarla en un pequeño París [...]” (p. 133), para lo cual tuvo que afectar la propiedad privada localizada en lo que es hoy el casco central de la misma.

La modernización de la ciudad por el “Ilustre Americano”, liberal y masón, según Consalvi y otros (2000, p. 143), se materializó como civilización, una práctica social ideológicamente integrada y nacionalista, introducida desde su primer gobierno; y el modelo de civilización urbana estuvo centrado en beneficiar a la clase dominante (de la cual formó parte, protagonista), complaciendo sus aspiraciones de ocio y placeres de la vida como base de la cultura ciudadana. Las ideas abarcan desde lo político hasta la innovación tecnológica, incluidas dentro de lo social, lo económico y lo físico como una totalidad cultural, y poseen en el espacio público el instrumento eficaz para su materialización como realidad concreta. La práctica espacial como morfología física urbana y arquitectónica es marcada por la tecnología y se pone de manifiesto en la construcción con “cemento romano”, la materialización de edificios emblemáticos (ej. el Capitolio Federal, la Universidad Central –afectando los conventos Concepciones y San Francisco, respectivamente–, la Casa Amarilla –color del Partido– es remodelada como casa presidencial), la construcción del alumbrado público a gas, el servicio telefónico (contratado a empresa estadounidense), el ferrocarril (ej. Caracas-La Guaira, con capital y construcción inglesa) y el tranvía (no solo como transporte residencia-empleo, sino también como transporte hacia los sitios del ocio y como disfrute del placer del paseo), etc. Para el ocio (como morfología sociocultural) se materializan, por ejemplo: el calendario de asueto (Reyes Magos, carnaval, Semana Santa); se impulsan las ferias y fiestas patronales enlazando comercio, religión y sociabilidad en las ciudades; monumentos (ej. Arco de la Federación, Panteón Nacional en la iglesia de Santísima Trinidad); templos (ej. masónico) e iglesias (ej. Basílica de Santa Ana-Santa Teresa) para el culto espiritual-religioso; parques (ej. El Calvario), paseos y bulevares (ej. Guzmán Blanco); estatuas (ej. ecuestre del Libertador en la plaza Bolívar, ecuestre y pedestre de Guzmán Blanco en el paseo y El Calvario); recreacionales (ej. baños de Macuto, llegando en ferrocarril); artísticos, con la inauguración del Teatro Guzmán Blanco (1881), hoy Municipal, para la élite que cultiva las artes europeas (música sinfónica, ópera, ballet, drama) y espectáculos que celebran fechas oficiales, y de la Academia de Bellas Artes (1887); deportivos (ej. hipódromo de Sarría, nueva Plaza de Toros en La Guaira, 1882).

El guzmancismo contribuyó en imponer nuevos gustos y modas formales en la sociedad caraqueña. Estaban centrados en la modernización de la vida urbana (dándole cabida al ocio en la cultura) y la idea de lo más “próspero, avanzado y progresista” era representado por París. La fuerte influencia francesa en actividades editoriales, las nuevas ideas liberales y las ideas de los positivistas se hacen presentes, marcando la morfología política. La modernidad tecnológica

fascina y Caracas modernizó su arquitectura con estilos ecléctico, neogótico, neoclásico. Todo ello altera los hábitos urbanos y la morfología de esta ciudad. Se va perfilando un régimen cuya acción desde un punto de vista morfológico físico-espacial, dejó huella que aun perdura y es reconocido como patrimonio por los caraqueños. Para que esto se materializara fue necesaria la inversión de capital extranjero como acción determinante de la morfología económica, además de la contratación de empresas constructoras y la mano de obra especializada, para lo cual se recurre a la emigración europea, la cual contribuyó con la imposición de sus gustos y modas.

Luego de Guzmán vendrán cortos períodos de gobiernos (Juan P. Rojas Paúl, Raimundo Andueza) y la Revolución Legalista (1892-1898), cuando suceden algunos acontecimientos como la incorporación del país a la dinámica del Occidente capitalista, siguiendo el guión político-social del liberalismo. Posteriormente acontece la Revolución Liberal Restauradora que tiene al general Cipriano Castro (1899-1908) –quien inaugura en Caracas el Teatro Nacional (1905) – como líder máximo y que anuncia el liderazgo de unos de sus hombres de confianza, el general Juan Vicente Gómez.

Durante los regímenes presidenciales que antecedieron el gomecismo, se consolidó la élite urbana que cultivaba no solo las artes, sino también las maneras de vida de Europa; de ahí provienen las frases Bella época y Los años locos que algunos intelectuales introdujeron para identificar la época de Guzmán y las posteriores. El gusto y la moda extranjera se ampliaba y enriquecía, y tendía a ser asimilada a toda costa, ya sea consumiendo los productos importados o la imitación que se hacía en la naciente industria artesanal. Para ello fue de crucial importancia la influencia que ejercieron los medios de comunicación de masas, tanto escrita: la prensa y las revistas (con sus fotografías), como el nuevo audio: la radio. A través de ellos se impusieron gustos que sirvieron de base para la comercialización de productos para el consumidor alto y medio de la sociedad.

En la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935) Venezuela se convierte en una “República petrolera [...] y se crea el Estado-nación en los términos que hoy conocemos” (Consalvi y otros, 2000, p. 181). En cuanto a la nueva morfología económica, la industria petrolera se consolida en manos de compañías extranjeras, básicamente estadounidenses, y se producen cambios profundos en la relación sociedad-espacio como nunca antes se habían verificado:

- Cambio económico del modelo de producción agroexportador de baja rentabilidad hacia uno petrolero-exportador de carácter rentista, que produjo mayor concentración de beneficios en la clase alta dominante ubicada en el Estado y en las empresas privadas.
- Aumento de la influencia del Estado en la vida socioeconómica y cultural del venezolano, produciendo un aparato burocrático capaz de modernizar la estructura administrativa y de financiar a la empresa privada para la construcción de obras civiles urbanas –incluyendo las del ocio–, que generan empleos y motivan éxodos de pobres de las pequeñas ciudades y masas campesinas, quienes se convierten en la clase baja obrera, y tienen a Caracas –centro de poder político, social y económico– como el territorio ideal para la conquistas de sus aspiraciones de mejorar sus condiciones socioeconómicas.
- Aumento de la población asalariada formando la clase media, ubicada principalmente en actividades terciarias, y de sus niveles de consumo, y en menor proporción la clase baja.

- Influencia directa en la actividad empresarial privada que ofertaban las crecientes demandas consumistas de una relativamente creciente población de clase media, que iba accediendo rápidamente a los favores económicos que producía la economía petrolera, que quiere adaptarse al progreso que se expresa en la modernidad foránea, y que se apodera del caraqueño de la época como impacto cultural de la “Venezuela petrolera”.
- Se materializa una rápida urbanización, con dos fenómenos residenciales principales: las urbanizaciones del mercado formal y los barrios populares del mercado no formal.

Gómez se dedicó a recuperar la amistad e inherencia económica extranjera, principalmente estadounidense, de manera que abrió y facilitó la incorporación de su inversión. No solo ingresó capital, sino también todo un legado sociocultural que fue rápidamente borrando el gusto y el concepto de modernización proveniente de Europa. “Tal afluencia de capital ha sido interpretada no sólo como el ingreso definitivo de Venezuela a la era del neocolonialismo del Atlántico norte, sino también como la victoria de los Estados Unidos en una batalla que [...] europeos habían estado perdiendo desde comienzos de siglo” (Almandoz, 1997, p. 206).

La práctica espacial urbanizadora y constructiva formal utilizó las nuevas tecnologías y los nuevos materiales, para hacer realidad su práctica social y la visión del “espíritu emprendedor” de la nueva burguesía o clase alta capitalista (ejerciendo funciones tanto en entes empresariales como estatales), rumbo a la Modernidad. Suple de viviendas e infraestructura (incluyendo las del ocio) a las nuevas clases asalariadas estables urbanas que surgieron como consecuencia de la renta producida por la economía petrolera: la clase media y la clase obrera. La misión empresarial era de exclusivo carácter lucrativo, la estatal poseía una mayor connotación social, pero ambas insertas en el modelo capitalista mundial que demandaba el siglo XX.

Los rápidos procesos de producción y transformación de la morfología física espacial de Caracas, se realizaron con el empleo de los recursos provenientes de la economía petrolera y tuvieron como base productiva la propiedad de la tierra en manos de la burguesía terrateniente urbana y del Estado. La fuerza de trabajo estaba conformada mayormente por campesinos, quienes al llegar a la ciudad tuvieron que transformarse en los obreros de la manufactura, la industria y la construcción con base en una práctica concreta, es decir, produciendo al mismo tiempo que se formaban en unas tareas que tenía al maestro de obra (máxime europeo, con sus ideas y saberes) como líder, principalmente en la naciente industria de la construcción, que carecía de una masa de profesionales universitarios. La clase obrera suple las tareas de base empírica y corporal de las actividades secundarias manufactureras e industriales, y terciaria con los servicios que abundan en la ciudad, incluyendo aquellos para cumplir los requerimientos del ocio urbano, cada vez más modernos por el surgimiento de nuevas formas de satisfacer el tiempo libre y los placeres humanos. Los obreros podían ser empleados fijos o a destajo en la incipiente industrialización y tercerización. Una cada vez más amplia población obrera empleada a destajo, asalariados no estables, conforma la sociedad comunitaria, la clase más pobre de la sociedad, que produjo su propio hábitat: los barrios populares, que en Caracas alcanzan niveles altísimos de superficie construida, por lo que no pueden ser ignorados.

La sociedad comunitaria es, también, respuesta de la renta del capital aplicado en el medio urbano en cuanto que, por ejemplo, estos obreros contribuyen de manera real y efectiva a la riqueza general como producto de la circulación simple, es decir, en la que intercambian equivalentes al convertir el valor de cambio de su propio producto (de su esfuerzo corporal como fuerza de trabajo), sacrificando su satisfacción sustancial a la forma de riqueza (ej. la vivienda formal), mediante la abstinencia, el ahorro, el no hacer uso de sus gustos, modas, que retira de la circulación global para su consumo, excepto los bienes (ej. dinero) que entrega a la riqueza general. El renunciamiento, además, se presenta también bajo una forma más activa, que consiste en que el obrero sacrifica su ocio, se priva del descanso, de su tiempo libre (ej.: al autoproducir por décadas su vivienda y su barrio), se priva en general de esta parte del ser en cuanto separado de su ser como trabajador, para en lo posible ser solo trabajador, es decir, que renueva más a menudo el acto del intercambio o lo prolonga cuantitativamente mediante la diligencia.

De modo que en la sociedad urbana se formula la demanda de la diligencia, y particularmente también la del sacrificio, la del ahorro, la de la abstinencia, pero no a los capitalistas, quienes son los que la formulan, sino a la clase obrera y en especial a este estrato. Por ello reconsideramos el ocio como tiempo libre, pues posee un significado especial en cuanto a conquista de la clase obrera para el cultivo del alma, del ser intelectual, espiritual, corporal, que el capitalismo, en forma oculta, ha ido recuperando para sus objetivos de lucro. Por ejemplo, se podría desprender otro significado del término “neg-ocio”, como negar el ocio, practicado por la sociedad civil empresarial urbana, ya que en las ciudades venezolanas, aun hoy, el ocio se mercantiliza, por ejemplo, en los “populares” y “modernos” centros comerciales, verdaderos templos de consumo, impuestos como idea de “áreas recreativas”.

257

La ciudad se convirtió también en objeto mercantil y fuente de obtención de plusvalía con base en la inversión urbana (ej. viviendas) y, además, al desplazamiento del uso residencial por el comercial en el casco tradicional por parte de la nueva clase dominante, para la cual el viejo casco le quedaba pequeño y/o era eso precisamente, “viejo”, necesario sustituir por algo “nuevo”. Paralelamente los obreros pobres autoprodujeron su hábitat en terrenos adquiridos o invadidos, recurriendo a sus saberes empíricos provenientes de sus diversos lugares de origen e impregnados de costumbres y tradiciones rurales que continuaron cultivando en el nuevo territorio, la ciudad. Pero, al producir también las urbanizaciones, tendían a reproducir las formas (como gustos y modas) asimiladas y aprendidas en sus actividades productivas formales, aunque esta vez con los recursos a los que podían acceder con sus ahorros, compra y recolección de materiales impreciosos, por ser los más baratos.

Afirmamos que la mayoría de la clase media de Caracas adoptó formas de vivir en las urbanizaciones (ej.: San Agustín del Norte –privada–, San Agustín del Sur –estatal), como asiento de los gustos y modelos de la época, pero también hubo otras formas en los barrios. Ello no solo se reduce a los asuntos de la morfología física del hábitat y del mercado formal y no formal de la ciudad, sino que en la visión totalizadora que poseemos de lo urbano, se amplía a otras morfologías que tienen que ver con lo social, lo económico, lo cultural y, dentro de ello, las formas del ocio como tema importante en la ideología de la modernidad capitalista en la Caracas del siglo XX.

LAS FORMAS DEL OCIO

Nos referimos a las formas sociopolíticas, físicas y culturales en que algunas actividades de ocio se manifiestan en la sociedad caraqueña, tanto en la ciudad formal como en la no formal, teniendo como ejemplo a la parroquia San Agustín de Caracas, pues fue impulsora del ejercicio masivo del ocio en los inicios del siglo XX.

El ocio en la ciudad formal

Partimos de algunos espacios físicos para el disfrute del ocio en la ciudad de Caracas, tanto los no lucrativos como plazas, paseos, bulevares, parques (pero de provecho político por regímenes gubernamentales en el tiempo; ej. nomenclatura personal, íconos de contenidos simbólicos, tomas por partidos, etc.), como los lucrativos: teatros, cines, estadios, etc. Estos espacios han sido esfera para interactuar y realizar múltiples actividades, en particular los públicos abiertos: intercambiar información, gestiones públicas ciudadanas, manifestar conformidad o inconformidad con hechos de la sociedad civil o del Estado, etc. Desde la década de los cuarenta del siglo pasado, esto se incrementó, principalmente en los tiempos de democracia.

La plaza es lugar de tradición del ocio en la ciudad formal. Por ser espacio físico para el encuentro humano, ha perdurado en el tiempo, muy a pesar de la moda contemporánea que pretende imponer los centros comerciales como sustitutos de las plazas, con argumentos como la inseguridad ciudadana en las grandes ciudades. En la Caracas de comienzos del siglo XX, el ritual de reunión en las plazas implicaba la tradición del vestirse bien, del mirarse, del diálogo sobre diversos temas (políticos, deportivos, amorosos), del espectáculo artístico (ej.: retretas), tradiciones que han ido complementándose con el juego, la lectura o simplemente el descanso. Pero la acción de lo político en las plazas ha ocupado espacio desde la caída de la dictadura perezjimenista (1958), con la emblemática plaza O'Leary de El Silencio como protagonista, y se afianzó en la democracia por ser lugares tomados en época electoral por los partidos del *statu quo*.

Los paseos continuaron las ideas modernistas, tanto en dictaduras como, por ejemplo, Marcos Pérez Jiménez (1953-1958) y el sistema La Nacionalidad con los paseos Los Ilustres y Los Próceres, como en democracia: ej. Paseo Anauco.

Los bulevares se afianzan en el juego social de la moda de lo peatonal en las democracias, como el caso del bulevar de Sabana Grande y el de Catia (tomando provecho de la construcción de la línea 1 del metro de Caracas en el gobierno de Luis Herrera Campins, 1979-1984) y luego el Ruiz Pineda (línea 2) de Caricuao; los construidos por el cierre al paso vehicular de las calles de 9 manzanas alrededor de la plaza Bolívar en la parroquia Catedral; el bulevar Panteón entre las parroquias Catedral y Altigracia, terminando en el Foro Libertador (Panteón Nacional, Biblioteca Nacional y Archivo General de la República); el Amador Bendayán (entre el parque Los Caobos y la plaza Venezuela).

Respecto a los parques, luego de El Calvario guzmancista, Juan Vicente Gómez adquiere aquella parte de la urbanización del este que no se había edificado, y dota a la ciudad del parque Sucre (hoy Los Caobos), manteniendo sus árboles y trazado vial principal. Mucho después, en la democracia, serían Rómulo Betancourt (1959-1964), con el parque del Este (hoy Generalísimo Francisco de Miranda), Luis Herrera Campins con el parque del Oeste (hoy Alí Primera), y Jaime

Lusinchi (1984-1989) con su parque Vargas (aun sin concluir), quienes harían una contribución formal de áreas para el ocio pasivo del caraqueño.

En los asuntos del ocio lucrativo, algunas actividades son notorias. La tauromaquia es una referencia con sabor caraqueño desde la Colonia, como relata Zawisza (1986, p. 44): “La afición de las fiestas taurinas, junto con las carreras de caballos y peleas de gallos, no solamente reproducían las antiguas costumbres españolas, sino se mantenía como una diversión típicamente popular del país ganadero y rural; ambos, el hacendado y el peón, encontraban de su gusto esta diversión, transferida luego a la población urbana”.

La Plaza de Toros Nuevo Circo (1919) es un ícono que identifica la parroquia San Agustín dentro del área metropolitana de Caracas, y su eclecticismo arquitectónico, con mezcla de estilos neoclásico, art-déco, neomorisco y neomudéjar, fue modélico para las viviendas. Edificio único en la ciudad para el toreo y donde, además, se sucedieron acontecimientos históricos para la vida sociopolítica caraqueña. Dice Durán (2005), cronista de la ciudad: “Lo importante es que allí la parroquia contó con algo que era como una suerte de termómetro de las cosas que le gustaban al caraqueño: la fiesta brava; después lo más emblemático, el cine [...] el boxeo y la lucha libre [...] la formación de los partidos políticos modernos [...]”.

La incorporación del servicio eléctrico en la ciudad (1895) dio pie para introducir el cine como nueva actividad lucrativa del ocio, que logró un fuerte impactosocial y el reconocimiento masivo del caraqueño, más para su recreación y diversión que para su culturización. Es con este arte-tecnología que también aparecen los nuevos gustos y modas provenientes de Europa. Almandoz (1997, p. 221) afirma cómo a través de este invento la población podía tener acceso visual a los bulevares y otras maravillas parisinas, que antes solo conocían por los comentaristas de la radio y artículos aparecidos en los medios de comunicación escritos con sus imágenes. Pero el cine produce la capacidad del movimiento y, por ejemplo, el documental será un recurso para transmitir la realidad al vivo y no solo la interpretación de quien la relata. Comienza a aparecer en el año 1916 y se proyecta en casi todos los teatros caraqueños, que cayeron a su fascinación y renta económica, y pasaron a ser parte de la cultura de consumo de masas, sustituyendo los viejos teatros de revistas y otros espectáculos (zarzuelas, conciertos populares).

Según la Memoria de 1933 de la Gobernación del Distrito Federal, Caracas contaba con 27 salas de proyección de filmes en blanco y negro. Pronto se adoptarán las tecnologías avanzadas: color, cinemascope, cinerama. San Agustín, en la década de los cuarenta, aportó varias salas: Boyacá (de rico estilo art déco), América (con aire acondicionado). La aparición de la televisión no lo anuló. Pero es con el poder económico de Hollywood y la moda estadounidense, sede los centros comerciales, a partir de los años sesenta del siglo XX, que alcanza masiva multiplicación, y su difusión fue monopolizada por cadenas distribuidoras que favorecieron los grandes *trusts* productivos; y el cine pasó de obra de arte a producto musical, de acción, ficción, terror, etc., como negocio comercial competitivo. Aun hoy –a pesar de la aparición de otras tecnologías de consumo masivo como el videocasete, Internet, DVD– representa una alternativa de primer orden.

Entre las actividades de ocio más conocidas en la Caracas de comienzo de siglo XX, está el béisbol, introducido en 1895, que muestra ya la penetración cultural estadounidense; no en vano el primer periódico deportivo del país que entró en circulación en 1902 se denominó “Base Ball”

(Fuente: Consalvi y otros, 2000, p. 177). Como todo acontecimiento social en el capitalismo, el béisbol (que hoy día es el deporte más practicado y favorito en el país, principalmente por el sexo masculino) es involucrado en la política; de hecho, según Consalvi y otros (2000, p. 192) “[...] los marinos de los barcos que EE.UU. envió a La Guaira para garantizar el derrocamiento de Castro, jugaron béisbol con la novena San Bernardino”. Además, el béisbol plasma la división en clases sociales; lo practican inicialmente los jóvenes de las clases dominantes y en los escenarios construidos o improvisados en terrenos privados: “En la segunda mitad de los años diez, Los Samanes y El Independencia coparon la escena. En el primero estaban los de la godarria, incluidos jóvenes como Gustavo Machado y Pedro Zuloaga, víctimas de la dictadura, y en el segundo una mezcla clasista donde la bohemia ponía su sello de época, con Tito Salas, los Corao[...]” (Consalvi y otros, 2000, p. 192).

Si en la década de los treinta del siglo pasado, El Paraíso tiene su hipódromo de carreras de caballos como recreación reservada casi exclusivamente para las clases altas de la sociedad caraqueña. San Agustín del Norte va a aportar una nueva infraestructura privada para las clases sociales alta y media: el estadio Cerveza Caracas (1928). El béisbol profesional, negocio creado y llevado a cabo por iniciativa privada, se muda al Estadio Universitario, construido e inaugurado en 1951 por el gobierno de Pérez Jiménez.

La concentración de infraestructura y aforo de, aproximadamente, 19.310 localidades (13% de la población de los años treinta) que reúnen los recintos asentados en San Agustín del Norte (tres cines, estadio, Plaza de Toros), significó una contribución concreta en canalizar el ocio lucrativo de los caraqueños y una referencia estimable en cuanto a lo que significó para el resto del siglo, en proveer empleo para las actividades de ocio de la economía urbana, tanto en servicios directos como indirectos (bares, restaurantes, etc.).

260

El ocio en la ciudad no formal

La población de los barrios populares reconoce la importancia del ocio y lo hacen valer en su vida cotidiana como costumbres y tradiciones de sus lugares de origen. Por ello su palabra es protagonista de esta parte. Es canalizado a través del encuentro de la gente en sus espacios públicos: en la calle, las esquinas, las escaleras, los callejones, pero también en las edificaciones que se prestan o son habilitadas por los vecinos para el ocio.

En los barrios de Caracas hay ausencia de espacios abiertos de encuentro social: plazas, parques, canchas, etc., tal como se conocen respecto a cumplir las pautas convencionales del diseño arquitectónico y urbano. De allí que la comunidad utilizara los espacios públicos de intercambio y accesibilidad para cubrir sus necesidades culturales, de sociabilidad, deportivas, recreativas y lúdicas. Pero con el devenir de la dictadura y los problemas de desalojos (también en la democracia), en los barrios estos espacios fueron el asiento para sus luchas, ej. San Agustín: la protesta social, las manifestaciones políticas, teniendo en la acción artística colectiva de la música, el canto, la danza, el teatro y otros, un recurso propio, original y tan valioso como puede ser el grito contestatario, el puño, la piedra, el palo, para defender lo que consideran les pertenece: “Se había tocado desde rock y salsa hasta jazz y música de protesta, cueca, bailecito, samba argentina, aguinaldos, gaitas, joropo, se había bailado samba, se había hecho música coral, se había protestado en la calle” (Quintero, 2006, p. 492).

Con esto queremos resaltar otra de las dimensiones del asunto: el carácter activo y protagónico que tiene el espacio público abierto para el uso práctico y la acción de la población residente y usuaria de la ciudad, en oposición al espacio público solo para la contemplación (jardines ornamentales, etc.), para el tránsito, o aquellos espacios públicos o privados de uso público para el consumo, para el negocio, como los centros comerciales de las zonas formales de la ciudad. Si bien los pobres también se reúnen en los mercados y comercios de los barrios, pero en otra disposición: “Las bodegas eran definitivamente un centro alrededor del cual giraba la vida en el barrio. No sólo porque abastecía [...] sino porque era el lugar para comentar los acontecimientos del barrio” (Quintero, 2006, p. 24). En las celebraciones de calles, escaleras y callejones, los habitantes de los barrios populares descargan sus fuerzas corporales y espirituales, por lo que estos espacios adquieren un significado que trasciende a lo morfológico físico-espacial. Dice Quintero (p. 19): “[...] para esta fiesta se contentaban con sacar a la calle los tambores culo e’ puya, el mina y la curbeta, desplegarse en rueda alrededor de los cantores y tocadores y hacer gala del don que tienen los negros (y sobre todo las negras) para mover sus cuerpos al frenético compás del Ta-tiquitiquitaqui sobre la mina”.

Las fiestas populares se refieren a las manifestaciones religiosas y paganas (carnaval) que en San Agustín del Sur se han cultivado desde los inicios de la construcción masiva de los barrios, por la gente que traía costumbres y tradiciones de sus lugares de origen en la provincia y, lejos de olvidarse de ellas, la cultivaron en el nuevo territorio de su hábitat: la ciudad. Lo religioso está presente no solo en lo cristiano (Navidad, Semana Santa, santos patronos), sino también en cuanto a los ritos provenientes de África, que muchas veces se mezclan formando un sincretismo cultural practicado por la población. De las fiestas populares, la de San Juan Bautista es de repercusión total no solo en el barrio Marín, sino también en todas las calles de San Agustín del Sur. Igualmente, la celebración del Velorio de Cruz de Mayo, tradición del medio rural relacionado con la agricultura y el campesino, y por tanto más restringido a lo popular. Ambas tienen un altar abierto en la 1ª Transversal del barrio Marín, calle-plaza El Afinque, donde se congrega la gente en mayo y junio.

Los espacios públicos abiertos, autoproducidos por la población, son también el lugar de encuentro por excelencia de San Agustín del Sur, ya que además de cumplir función de conexión con las zonas que conforman la parroquia y el resto de la ciudad, sirven de asiento a los eventos que regularmente se realizan en la misma. Aquellas de carácter social: “A veces en el barrio los jóvenes se ponían a hacer sus sancochos en la calle. Se montaba una olla y allí comía todo el mundo. Eso fue por los años 45, 46” (Vecinos, en Ontiveros, 1985, p. 280), como de carácter lúdico: “Uno jugaba mucho en la calle, porque las madres con tanto trabajo lo soltaban a uno pa’ la calle y como no pasaban carros, no había problemas” [...] “Los niños hoy en día juegan que si pelota, montan bicicleta, patinetas” (pp. 242,244). Así como también de carácter cultural y artístico, “Incluso dejan de ver la novela pa’ irse a ver el ensayo en la calle[...] es una cuestión natural[...] La música ha sido un medio de expresión y de comunicar la gente lo que siente, por sentimiento, por ejemplo, las fiestas en las calles, las descargas” (pp. 384-385).

Otra forma de canalizar el ocio ha sido con el deporte preferido de los habitantes: “El béisbol, que necesitaba un espacio característico y unos instrumentos [...] cuyo costo era muy elevado para el alcance de la muchachada del barrio. El genio popular lo simplificó y los abarató, para convertirlas en “pelotita de goma” y “chapitas” [...] Se organizaron torneos intersector [...] parte de la cultura de Marín” (p. 124).

El espacio público adquiere otra dimensión en algunas épocas del año, al transformarse en esfera para eventos que forman parte de las costumbres y tradiciones de los barrios. Esto adquiere una especial consideración en el barrio Marín, porque son muy sentidas por la colectividad, y es lo que ha hecho de este un barrio con espíritu de lugar. Por ejemplo, en los tiempos de carnaval: “Todas las calles tenían sus reinas y de allí elegían a la reina del barrio y después había una elección mayor pa’ elegir la reina de la parroquia [...] Adornaban todas las calles [...] nosotros llenábamos los pipotes con agua de los “cuatro chorros” para jugar carnaval” (Vecinos en Ontiveros, 1985, pp. 388,354); en Semana Santa: “Era muy tradicional en el barrio la quema de Judas en Semana Santa [...] se hacían juegos para niños, carreras de sacos [...] Había palo encebado, piñatas” (p. 394); en Cruz de Mayo: “Se está viendo desde hace dos años un velorio de cruz en la calle, cerca de la bodega La Juventud” (p. 392); para San Juan Bautista: “Terminando mayo y comenzando junio, se anunciaba las fiestas de San Juan, porque ya el ambiente estaba preparado para seguir el ánimo festivo” (Quintero, 2006, p. 19); y Navidad: “En diciembre, a las misas de aguinaldo. También nos poníamos a tocar en la calle [...] En ese nacimiento que se hizo, participó toda la cuadra, los jóvenes sobre todo” (Vecinos, en Ontiveros, 1985, pp. 249, 396). En la población infantil los juegos populares son los preferidos para canalizar los tiempos libres en diversas épocas del año: “Uno, cuando estaba niño, jugaba mucho: metra, papagayo, trompo [...] El papagayo es en la cuaresma, en la Semana Santa, porque es una época seca, que no había mucha lluvia [...] El trompo es en el mes de junio, julio. Ahora no se juega porque hay mucho cemento. Antes no, porque había mucha tierra [...]” (p. 238).

Pero los cambios sociales, con sus significados, han repercutido en los juegos populares:

Antes se jugaba “el policía y el ladrón”, ahora se juega “policía contra malandro” [...] Ninguno quiere ser el policía. La parte mala del juego es ser policía [...] Ahora se admira al pistolero [...] Se han perdido muchos juegos. Antes uno tenía que hacer, por lo menos con una tablita, una pistola, un tira-chapa; ahora no, todo lo traen hecho. Todo lo compran [...] (Vecinos, en Ontiveros, 1985, pp. 244,245).

La fama de las descargas callejeras en Marín hace que se celebren con cierta cotidianidad y no solo en días de asueto religioso y pagano. Además, otras fiestas populares de arraigo y tradición propia fueron creadas por los habitantes para su colectividad:

Hay una fiesta muy popular que se celebra el cumpleaños de Felipe “Mandingo” [músico popular de Marín]. Es como una fiesta del barrio, en la calle y allí boncha todo el mundo. Como su casa es pequeña, “bueno vamos a bailar pa’ la calle” [...] Ese día viene gente de afuera, músicos y gozan. Los malandros no se meten con uno, participan más bien. Allí comienza la descarga (Vecinos, en Ontiveros, 1985, p. 395).

El ocio lucrativo de la ciudad formal también penetra la no formal; por ejemplo, el cine San Agustín en Hornos de Cal y el teatro Alameda en Marín (década de los cuarenta). Este último se materializó casi simultáneo al barrio y ha significado un ícono en la dimensión sociocultural en todo San Agustín del Sur, en la parroquia y en Caracas. Además de conducir el ocio popular y servir para la diversión y recreación de la gente, también fue el espacio para la materialización de la cultura popular de la ciudad: “[...] fue el recinto del paso obligado para importantes luminarias de la música de los años cincuenta. Podemos nombrar a algunos de los más connotados como Benny Moré, La Sonora Matancera, Kid Gavilán, Jorge Negrete [...]” (Quintero, 2006, p. 13). El

significado de la diversión en los barrios puede tener connotaciones contradictorias: “Nosotros mismos cuidábamos el cine, cuando venían los muchachos de los otros barrios, estábamos mosca. Nos caíamos a golpe con ellos también, eso era un show. Uno gozaba un puyero” (p. 358). Pero también de sueños: “La magia del cine Alameda no será jamás olvidada por quienes descubrieron allí, cómo el celuloide se apoderaba por un par de horas de la vida de los asistentes” (Quintero, 2006, p. 30).

Por otra parte, algo extraordinario sucedió en los barrios: la fusión de sus manifestaciones culturales con las que existían en la ciudad y las que provenían de otros contextos traídos por extranjeros, que también se asentaron en el barrio. Dentro de este fenómeno cultural se materializó, por ejemplo, la música urbana, conocida popularmente como *salsa*, que se destacó para todos los caraqueños de sensibilidad social porque ella es sociabilidad expresada en manifestación artística de sonidos y textos sagrados, obscenos y encantadores.

CONCLUSIONES

La Caracas de la modernidad del siglo XX resultó de materializar ideas, pensamientos sociales, políticos, culturales de la clase dominante, pero también de la dominada, sobre las cosas de la vida, lo que centró nuestra atención y su manifestación respecto al ocio. La materialización de espacios públicos y privados como plazas, paseos, bulevares, teatros, cines, hipódromos, estadios, centros comerciales y otros de la ciudad formal, significó, además de lugar para el ocio, un modo para la alienación de las clases sociales a gustos y modas externas impuestos por la clase dominante como forma de ser “moderno” en diversos tiempos. Aun aquellos de carácter lucrativo, a pesar de que se le determinó un valor de cambio para poder disfrutarlo, la gente lo asimiló como cosa social, emocional, afectiva, que persiste en la memoria colectiva, y los reconoce como patrimonio, en la medida en que pudieron utilizarlos para satisfacción de sus necesidades de tiempo libre, por tanto, un medio de reconocerse como ser humano culto y progresista.

No siempre sucedió así en la ciudad no formal. El hecho de que los espacios públicos hayan sido construidos como materialización de luchas sociales por la propia gente, significó que calles, veredas, escaleras, plazas, canchas, se impregnaron desde el inicio de sus tradiciones y costumbres, por consiguiente, de un valor productivo amplio, especial: un valor de uso. Con su creatividad, su esfuerzo corporal, su inversión económica, los pobres han obtenido sus objetivos y metas, que van más allá de lo físico, pues paralelamente produjeron formas socioculturales de manifestarse en el largo proceso para alcanzar la utopía de vivir en la ciudad. En los barrios las actividades como las artísticas, y los espacios físicos como las calles, propios del ocio, son recursos para el goce y también para la protesta social. Son modos de superarse, de hedonismo o placer de vivir en los sectores populares, para neutralizar con esas formas sociales, políticas, físicas, es decir, culturales, sus vidas de penurias. Pero, todo esto son conjeturas iniciales de una investigación compleja que debe continuar para profundizar un tema tan actual en la sociedad caraqueña.

REFERENCIAS

- Almandoz, A. (1997). *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)*. Caracas: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.
- Consalvi, S.; Strauss, R.; Rodríguez, J. y otros. (2000). *Historia de Venezuela en imágenes*. Caracas: Fundación Polar-Editora El Nacional.
- Durán, G. (2005). Cronista de la ciudad de Caracas y profesor de la Universidad Central de Venezuela. Caracas: Entrevista del autor.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford, U.K.: Blackwell Publishing.
- Ontiveros, T. (1985). Marín, la memoire collective d'un "barrio" populaire à Caracas. (Tesis Doctoral). París: Universidad de París VII.
- Quintero, R. (2006). *Vivir en Marín*. Caracas: El Perro y la Rana Ediciones.
- Real Academia Española. (1992). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Editorial Espasa Calpe. XXI edición.
- Zawisza, L. (1986). El Nuevo Circo de Caracas. *Revista CAV*, n° 49, año 2, abril, Caracas, Colegio de Arquitectos de Venezuela.